

LA MADEJA VIII



- MANDATO
y
+ OPORTUNIDAD

Índice

Introducción.....	p.1
Por una maternidad digna y libre.....	pgs.2-3
Mirando a los ojos de la vida.....	pgs.4-5
Mujeres sin ventana genésica.....	pgs.6-9

Introducción

Seguimos con el plan de trabajo que desde el inicio nos trazamos para ir produciendo reflexión en temas clave de la lucha feminista con un enfoque libertario, y esta vez le ha tocado el turno a un tema que no admite dilaciones, como es el de la maternidad. Las mujeres estamos sometidas a una doble tiranía temporal, la del reloj biológico o reproductivo, al que conforme aumenta la esperanza de vida y se alarga la formación laboral, tratamos de retrasar, pero que no podemos postergar indefinidamente, y al del reloj productivo impuesto por el patriarcado capitalista, que nos deja sin tiempo o sin recursos para la familia o el proyecto de familia.

Como libertarias, consideramos que la maternidad ha de ser ante todo una elección. No ha de ser vista como un imperativo o mandato biológico, ni social. La mujer, sea o no madre, es igualmente mujer y merece la misma consideración con independencia de cuál su situación o cuál haya sido su elección en este tema. En la actualidad seguimos sufriendo presiones, discriminaciones, y culpabilización, asociadas a la maternidad o no maternidad. El retroceso que ha supuesto el avance del ideario capitalista neoliberal, con la vuelta a patrones de femineidad y masculinidad que ya parecían superados, afecta a derechos que ya habíamos conseguido por la lucha feminista anterior, como es el derecho al aborto, que los gobiernos conservadores en muchos países están eliminando. Sufrimos modelos ultraviolentos de relación sexoafectiva, por el que se cosifica y explota sexualmente a las mujeres, mientras se fomenta la irresponsabilidad reproductiva del hombre, lo que da lugar a maternidad no deseada. Pero en general, en nuestras sociedades gracias a la revolución de los anticonceptivos las mujeres logramos más libertad para no tener hijos; ahora lo difícil es tenerlos. Como todo lo que afecta a la discriminación de género, y la violencia estructural sobre la mujer, esto queda oscurecido por las manipulaciones y los partidismos del momento: todos se dicen feministas, todos a favor de la mujer, pero, ¿cuántos se ponen en su lugar para entender su sufrimiento?

Que estos textos sirvan para comprender mejor las dificultades a las que se enfrentan las mujeres en cuanto a la maternidad, y en concreto, las mujeres de la clase trabajadora. Enfrentadas a un horizonte de pobreza, de violencia sobre nuestros cuerpos y nuestras mentes, guerras, catástrofe ecológica...el asunto de la maternidad no es solo nuestra responsabilidad. Necesitamos de la sororidad, sí, pero sin la cooperación por parte de los hombres no es posible la emancipación de la mujer. Además, nuestra revolución no puede ser unidimensional, no podemos dejar que el reformismo la diseñe desde el constreñimiento de las estructuras jerárquicas del sistema.

Por último, queremos recordar que somos mujeres trabajadoras, para las cuales hacer esta revista supone un esfuerzo y un tiempo de nuestras vidas. Deseamos que el lector sea consciente y aproveche el momento para tomar lo que le sea útil de unas reflexiones que no proceden del ámbito de lo mediado por intereses parciales.

Grupo Moiras
Febrero de 2022

Por una maternidad digna y libre

La maternidad ha funcionado, bajo el patriarcado y el capitalismo, como una piedra en el cuello de las mujeres: ese rol fundamental en la reproducción de la especie ha sido un impedimento para que las mujeres accedieran plenamente a la condición de personas, siempre ante todo 'mujer de', 'hija de' o 'madre de'. Entendidas como una función, y no como un ser humano pleno, el control sobre su capacidad reproductiva está en la base de muchas de las opresiones que hoy siguen padeciendo.

De ahí quizá el horror hacia la maternidad que se puede rastrear en algunas de las fundadoras del llamado feminismo de la igualdad, como Simone de Beauvoir, que en *El Segundo Sexo* retrata a los hombres prehistóricos trascendiendo más allá de sí mismos, descubriendo y creando, y a las mujeres, encerradas en la función materna, anuladas y estancadas.

Ser como un hombre es uno de los objetivos de cierto feminismo histórico, algo comprensible si se analiza la femineidad tradicional, y esta concepción aún sigue debajo de muchas de las normas del feminismo estatal, que parece concluir que ser madre es una condición, en sí misma, machista, y que las mujeres lo que deben hacer es ponerse a producir cuanto antes en el mercado laboral.

Toda la legislación que gobiernos supuestamente feministas han dirigido hacia la maternidad viene a negar el derecho a ser madres con plenitud, a equiparar la experiencia de la maternidad con la de la paternidad, restando valor a la vivencia corporal y emocional, y a considerar el trabajo de crianza como un rol de inferior categoría, que debe ser externalizado y puesto en manos de empresas de servicios o del propio Estado, porque supone un impedimento para el desarrollo personal de las mujeres y su integración en el mundo social.

Se mantiene así desde hace años una irrisoria baja maternal de 16 semanas (que está de espaldas a toda las evidencias científicas e intuitivas sobre las necesidades básicas de la crianza humana) mientras se amplía el permiso a los padres, con bajas iguales e intransferibles, es decir, que niegan la realidad material de la maternidad y la primera crianza. Así que a los cuatro meses, a destetar a la criatura, o a ordeñarse de noche con sacaleches y hiberones esterilizados, para que papá haga de mamá (si es que no se va por ahí a hacer bicicleta de montaña mientras la abuela se hace cargo de todo). Y tú, chica, a currar, a la caja del supermercado, a la oficina, a la tienda o a la fábrica, que eso es lo importante. Y después, externalizas a la criatura en una escuela de 0 a 3 años, para que aprenda lo que es estar institucionalizado desde antes mismo de tener uso de razón.

Esta inhumanidad que reservan el patriarcado y el capitalismo a las mujeres y sus criaturas está en la base de muchos de los malestares de la sociedad de hoy, porque niega lo que somos: mamíferos. Banalizar la experiencia física de la maternidad, con toda su dureza y exigencia corporal, es además una forma de justificar otro de los atropellos a los que se ven abocadas muchas mujeres pobres, el alquiler de vientres. Ya que si la gestación y el parto son un proceso sin importancia, poco más que sacarse un grano, y tienen el mismo peso que una donación de semen, por ejemplo, ¿qué impedimento hay para usar a las mujeres como vasijas?

La realidad es muy otra: la maternidad es una de las experiencias físicas más extremas a las que se puede enfrentar un ser humano. La gestación supone cambios de todo tipo, hasta genéticos, para las mujeres que gestan: baste decir que en el último mes de gestación se

desplaza hasta el corazón de sitio. El proceso de la maternidad es un proceso de separación, de que algo que ha sido parte de mi cuerpo se convierta poco a poco en un ser diferente. El proceso de la paternidad es, precisamente, el inverso: es de acercamiento, de vinculación, hasta llegar a un equilibrio.

Los seres humanos somos unos mamíferos peculiares: nuestra capacidad cerebral ha ido aumentando el tamaño de la cabeza, hasta hacer imposible el parto como en cualquier otro mamífero, que a las pocas horas de parir ya tiene una mínima autonomía para moverse, o ponerse incluso de pie y correr, como algunos rumiantes. En los seres humanos los fetos nacen hasta tal extremo inmaduros que requieren un periodo de cuidados extremos, similar al de la propia gestación, pero fuera del cuerpo. Este periodo se conoce como 'exterogestación' y viene a durar unos nueve meses. Es lo mínimo que la sociedad debería respetar para garantizar una maternidad digna.

En esta fase, el papel del padre debe ser también el de cuidador, pero no funcionando como un 'troyano' que usurpe la función materna, sino como un cuidador del dúo madre-bebé, que debe ser apoyado y respetado. Estar ahí para hacerse cargo de la casa, de la intendencia, de la limpieza, y servir de apoyo es o debería ser el rol masculino en estos primeros meses de crianza. Y todo este proceso de gestación y exterogestación tendría que ser acompañado por la comunidad, de forma que la madre no tenga que pagar un precio en su vida profesional o laboral.

Así que, en resumen: la maternidad, siempre elegida; las madres y las criaturas respetadas en sus procesos naturales de evolución; la paternidad, atenta a las necesidades del dúo madre-bebé, y acercándose progresivamente a la nueva criatura hasta que los vínculos se equilibren. Y la sociedad, apoyando todo el proceso sin pasarle la factura a la mujer por ser mujer.

Laquesis

Mirando a los ojos de la vida

El patriarcado ha distorsionado toda la vida, la humanidad, muchos de los deseos, gustos... Es tan eficaz, que necesitamos un trabajo continuo para poder deshacernos de la misoginia y de las influencias patriarcales. Es muy fácil caer en su juego, incluso cuando nos queremos rebelar.

Los roles de “puta” (mujer pública) vs “esposa” (mujer privada), son dos de los aspectos del patriarcado que nos afectan y que debemos cuestionar. Sin embargo, podemos caer en que algunas de las funciones materiales que se llevan a cabo en estos roles son solo de carácter patriarcal, así, vemos en múltiples ocasiones un desafío, e incluso repudio a la maternidad, llegando a afirmarse que el cuidado de la madre es solo de carácter cultural, olvidando la realidad material.

Por supuesto que se debe romper con esa presión social que te indica que te “realizarás” solo siendo madre y que te dice que es tu función como mujer. Pero, muchas veces nos cuesta ver que también existe una presión social en la que si una mujer tiene varias criaturas es “inculta”, “ignorante”, “cercana a la animalidad”, “poco empoderada”, etc. Seguramente religiosa y no moderna (o de otra sociedad, por supuesto menos “avanzada”, más cercana “a los animales”, poniéndonos en un altar superior, con un prisma muy occidental, un nuevo “dignas” vs “vulgares”), que no se realizará como una profesional si se queda embarazada antes de acabar sus estudios (que puede alargarse toda la vida casi, al paso que vamos), nos hacen elegir entre “éxito” en el trabajo/estudios o entre la elección de disfrutar de una faceta de nuestra sexualidad, de nuestra vida.

Parece que olvidamos, que una cosa es el rol de “madre” que nos ha impuesto el patriarcado, la iglesia y otro el rol que se puede llevar a cabo desde una visión que rompa con esos esquemas, recuperando lo que nos pertenece, y no permitiendo que se ataque y manipule una de nuestras fases de la vida, si lo decidimos así. El patriarcado, la iglesia, el capitalismo, el estado han metido siempre mano en nuestra sexualidad, y no por eso hay que repudiarla. Atacar la prostitución, la institución del matrimonio, y muchas de las ideas y comportamientos que están ligados a ellas es vital, pero también debemos recuperar lo que nos pertenece a las mujeres, a nuestra realidad material, esa sexualidad que nos arrancaron, distorsionaron y manosearon, para sacarla de sus garras, de su prisma.

Falta saber hasta qué punto le interesa al capitalismo que nos olvidemos de esa parte de “humanidad” de las mujeres, antes de convertirnos solo en máquinas para sus intereses. Llevan siglos robándonos la sexualidad, anulando las relaciones mutuas deseadas y sanas, anulando la capacidad de parir y maternar, robándonos las criaturas ya sea mediante robos ocultos (como en la posguerra en España) o sin ni siquiera ocultarse; vientres de alquiler, o la sexualidad para satisfacer a hombres como si fuésemos juguetes sexuales o nuestros pechos en la lactancia (nodrizas), o incluso comerciando con nuestros gametos en los últimos años... Arrancando nuestra sexualidad y usándonos como máquinas. Un ejemplo terrible de ello es lo que se está haciendo desde hace años en el estado indio de Maharashtra. Miles de mujeres que recolectan azúcar se suelen ver sometidas a que se les arranque el útero (histerectomías) para beneficios económicos de los patrones esclavizadores y de las clínicas privadas, con la excusa de que trabajarán sin molestias por sus ciclos menstruales y por los embarazos. A nosotras no nos hace falta, ya tenemos suficientemente interiorizado que el “éxito” en el trabajo remunerado es lo primero y para lo otro, ya tenemos pastillas que encubran el dolor y las causas de nuestro malestar.

Si repudiamos o menoscamos la maternidad simplemente porque se nos ha inculcado un rol de madre patriarcal, no podremos investigar esa faceta de la vida, no podremos trabajar para arrancarla de sus garras, ni crear un rol de madre más cercano a nuestro ser material y a nuestras necesidades y deseos (y los de la humanidad). Pienso que es realmente importante para el avance de la liberación de la mujer (y para nuestra especie) los estudios que ataquen el rol de madre patriarcal, construyendo y caminando hacia una forma más sana y placentera. Los trabajos de Casilda Rodrigáñez, están en plena vigencia, -queramos o no ser madres-, la posibilidad de la reducción del dolor en los partos con una perspectiva social y biológica que se complementan (desafiando la tan nombrada sentencia de la Biblia “Parirás con dolor”), la recuperación de nuestros úteros, la recuperación de la unión de los primeros días de la madre con la criatura, vital para su desarrollo y que bien lo sabe la ciencia de la psicología del desarrollo. Para Casilda, lo primero que llevaron a cabo las sociedades patriarcales sobre las sociedades matrilineales, y conociendo la fortaleza de esa unión, fue arrancar las primeras horas y días de vida la criatura a la madre.

El trabajo de muchas profesionales matronas y ginecólogas para romper con la violencia obstétrica, para que muchas futuras madres que desean dar vida, puedan desde una perspectiva que rompa con esa violencia interiorizada tanto por parte de los profesionales, debido a un prisma biomédico que muchas veces resta importancia al ser como tal, y desde una visión positivista, en la que dividen al propio sujeto en mil partes, y escogen su objeto de estudio, de una forma reduccionista, como para las mismas mujeres que serán madres. ¡Qué lejos está el tiempo de los humanistas que veían que no se podía no unir todas las ciencias y saberes!

Si no tratamos este tema, si no le damos importancia, no podremos combatir realmente a una sociedad y cultura cada vez más abocada a la tecnología antinatural, a superar la naturaleza por verla inferior, dejaremos que nos anulen y oculten nuestras capacidades. ¿No es el mismo plan que se llevó a cabo para acabar con muchos de los conocimientos de nuestras antepasadas?

Las mujeres y nuestros ciclos de vida y sexuales no son enfermedades, ni lo es el embarazo ni la lactancia. Y como dice Carlos González, autor de muchos libros de crianza respetuosa; la lactancia no es una herramienta para conseguir la salud, sino una parte de la salud misma. No es un medio, sino un fin. La perspectiva médica que se ha llevado a cabo durante décadas e incluso siglos, ha visto la lactancia como una herramienta por ejemplo para que el niño no enferme, simplemente, sin una visión más completa. ¿No es esto rebajarnos a status de máquinas?

Recuperar nuestros cuerpos, que al fin y al cabo somos cuerpo, no son pertenencias, sino nosotros, es vital para caminar hacia un mundo que poco a poco arranque todas las distorsiones que se nos han vendido para aniquilar nuestras capacidades y apoderarse de ellas.

Como decía Emma Goldman en “La mujer libre”: Y si la emancipación parcial ha de convertirse en una emancipación completa y auténtica de la mujer, deberá acabar con la ridícula pretensión de que ser amada, convertirse en novia y madre, es sinónimo de esclava o subordinada. ¿Lo contrario no es misoginia interiorizada? ¿No es desear ser como el hombre patriarcal, bajo su lógica androcentrista?

Cloto

Mujeres sin ventana genésica

La relación que una sociedad mantiene con la maternidad, se distingue claramente por los factores de no maternidad en la misma. La llamada Transición Demográfica, desde altas tasas a bajas tasas de natalidad y mortalidad, que marca el paso de las sociedades preindustriales a las posteriores a la Revolución Industrial, se hace posible por las mejoras médicas, sanitarias, de asistencia social, y en gran medida por la Revolución Feminista, con el acceso de la mujer a métodos de contracepción y aborto, e incorporación a la educación formal y al mercado laboral. Esto se aprecia como un avance, y a principios de este siglo otra teoría demográfica, la de la Revolución Reproductiva, así lo valora: el aumento de la esperanza de vida y la madurez de la masa poblacional harían que el nivel de reemplazo generacional (el que sostiene el crecimiento poblacional cero, sin subida ni bajada) pueda bajar de 2,1 hijos por mujer, y las mujeres quedan liberadas del rol exclusivo de madre, que ahora se conjuga con funciones fuera del hogar y de carácter puramente productivo, al tiempo que junto a sus parejas, reducen descendencia para invertir más en la crianza de cada hijo, todo lo cual es signo de una mayor eficiencia del modelo demográfico actual. Pero lo que encontramos en la realidad es que las élites capitalistas y sus aliados políticos, los estados, no quieren cargar con los costes de este modelo consistente en vivir más y mejor, y mantener el crecimiento cero teniendo una media de dos hijos por mujer. Las democracias capitalistas con su estado del bienestar, vendieron un sueño a la clase trabajadora, para sus hijos e hijas. A las mujeres se les transmitió la idea de que podrían llegar a realizar estudios universitarios al máximo nivel, luego tener un trabajo acorde con su formación y ser madres, una idea muy progresista, pero otra promesa incumplida, porque se les vendió la moto y luego se les dejó que se estrellaran con ella.

Hoy, España es el país más infecundo del mundo después de Japón, y no por decisión reproductiva de las mujeres. En enero de 2016 el CED, Centro de Estudios Demográficos de la Universidad Autónoma de Barcelona, presentaba previsiones graves sobre infecundidad en España¹. Para 2025, un cuarto de las mujeres nacidas en 1975 cerrará su ciclo fértil a los cincuenta años sin haber tenido hijos. Si se toma la cohorte del 75 al 80, ya son un tercio de las mujeres las que van a llegar a esta situación. Ellas serán las más infecundas en los últimos 130 años (periodo para el que se dispone de información estadística para nuestro país). Posteriormente, las causas se pudieron concretar en números gracias a la encuesta de fecundidad del INE de 2018². De la encuesta realizada a una muestra representativa de las mujeres españolas en edad fértil, a la que se les pregunta por qué no tienen descendencia, se deriva que la mayoría no la tiene porque no puede. La infertilidad primaria no ha crecido y se mantiene constante (2%) e incluso se reduce debido a la disponibilidad de las técnicas de reproducción asistida; la infecundidad normativa de las menores de 25 que se perciben como demasiado jóvenes no tiene peso en este problema porque ellas pueden postergar, y lo que se observa como fenómeno central es el retraso de la ventana de maternidad por causas de situación económica, laboral, y familiar, que en los tramos finales, va sumando la dificultad biológica para poder tener hijos, al tiempo que va descendiendo el deseo de tenerlos. Las causas, por tanto, son de tipo económico laboral, familiares –cultural de género llamaré a estas–, y psicológicas.

¹ ESTEVE, A., DEVOLDER, D., y DOMINGO, A., “La infecundidad en España: tic-tac, tic-tac, tic-tac !!!”, en: *Perspectives Demografiques*, n°1 (2016).

² ESTEVE, A., TREVIÑO, R., “Los grandes porqués de la (in)fecundidad en España”, en: *Perspectives Demografiques*, n°15 (2019).

La media de edad del primer hijo en 2021 era de 31 años, y cada año que se retrasa supone dos puntos más en la proporción de mujeres sin hijos. La ventana genésica o de maternidad, aquella en la que la mujer contempla o se plantea ser madre, ha ido desplazándose hacia edades en las que la fertilidad cae. Las mujeres que iniciaron la inserción educativa plena, las nacidas hacia finales de los setenta y principios de los ochenta, han ido moviendo esa ventana en esperanza de que las condiciones cambiasen, hasta que un cuarto de mujeres de toda la primera cohorte del 75 al 80, para dentro de un par de años, ya la habrán visto desaparecer.

Las condiciones económicas y laborales, han ido a peor en las últimas décadas: mayor inseguridad, desempleo, precariedad, dificultad de acceso a la vivienda, bajos salarios y largas jornadas, falta de apoyos para la promoción laboral de la mujer, sin ayuda para la conciliación de vida laboral y familiar, o para costear los tratamientos de fertilidad o la reproducción asistida... Todo indica que el tren del progreso, otra vez, ha pasado por encima de nuestros cuerpos, que nos han hecho un pacto del demonio sin saberlo nosotras: accedimos a la educación a costa de la maternidad, y sin garantías de incorporación laboral tras ello (“la tragedia de la emancipación femenina”, lo llamó Emma Goldman, hace un siglo). Y de nuevo, la división funcional jerárquica que sostiene nuestro modelo social, hace su efecto. Nos encontramos en economías “postindustriales” que no generan empleo cualificado para todos, el gran embudo funcional en el que han quedado atrapados los sueños de integración laboral de los hijos de los trabajadores del centro del sistema. Como fuerza de trabajo, pueden ir tirando de los efectivos de las zonas del planeta donde la reproducción es mayor, y la infecundidad de las mujeres del centro no resulta problemática puesto que el coste recae exclusivamente en ellas, a diferencia del envejecimiento, que sí se menciona como tal por el gasto en pensiones. Los hijos van quedando para las hormigas reina (hembras y machos) que, si no pueden tenerlos de manera natural, los adquieren a través del alquiler de vientres o venta de gametos de las obreras, principalmente las de los países sometidos al neocolonialismo capitalista, y que tal vez mañana, al paso que llevamos, sean reivindicadas como “trabajadoras reproductivas”, voluntarias, libres, y empoderadas.

La otra gran causa que aducen las mujeres en la encuesta de fecundidad de 2018 del INE, tal como figura textualmente, es “problemas relacionados con la pareja”³. De aquí se deriva que las mujeres por lo general, no quieren tener descendencia ellas solas, sin la presencia y el compromiso del otro progenitor. Los investigadores del Centro de Estudios Demográficos del UAB, señalan al estado de lo que en demografía se sigue llamando el “mercado matrimonial”. Se constata una elevada proporción de jóvenes que no viven en pareja en las edades de mayor fertilidad, que muchos han pasado por varias relaciones de pareja sin hallar estabilidad, y que hay un desajuste en las expectativas de hombres y mujeres. Estas expectativas afectan tanto al modelo de convivencia y de paternidad, como a las condiciones de la relación de pareja. La Transición familiar hacia un modelo de corresponsabilidad y relaciones equitativas entre los progenitores, que debería tener lugar por efecto de la Revolución Feminista, se está retrasando por involuciones que están dificultando la creación de vínculos de pareja estables, y que finalmente, se traducen en caída de la fecundidad. En la medida en que trabajemos por la incorporación del hombre a esta revolución, en que le hagamos comprender que no es solo cosa de mujeres, y dependiendo de que juntos seamos capaces de generar nuevos modelos de masculinidad no violenta, no jerárquica, se podrá ir superando este desequilibrio. En un contexto de capitalismo cultural, en el que el amor libre se concibe como consumo de cuerpos, a la vez que se sigue extendiendo entre las mujeres la idea de amor incondicional, amor como fusión continua y permanente con el otro, es necesario hacer entender una visión constructiva

³ ESTEVE, A., TREVIÑO, R., “Los grandes porqués de la (in)fecundidad en España”, en: *Perspectives Demographiques*, n°15 (2019).

del mismo, a base de pactos entre iguales que no son abstracciones ni objetos, sino personas reales con problemas reales.

En cuanto al factor psicológico, si algún estudio lo recogiera, las conclusiones pueden ser todavía más duras. Y es que, posiblemente para una proporción de las mujeres que van llegando al final de su vida reproductiva sin tener hijos, la ventana de maternidad ni siquiera llegó a existir, igual que quizá tampoco exista para cierta proporción de las mujeres de las cohortes posteriores. De hecho, si se le preguntara a ese 5% de mujeres, que según la citada encuesta del INE representa la “infecundidad deseada”, el porqué de su falta de deseo genésico, seguro que una de las razones que se daría sería el no encontrarse bien psicológicamente para ello. Una mujer tiene que sentirse bien consigo misma, sentir que puede compartir y dar vida, para poder formar familia, pero cuando todo el proyecto vital se ha frustrado, y no hay estabilidad ni en lo material ni en lo emocional, lo más lógico es que ni se sienta persona, por lo que es posible que ni conciba el tener pareja o el tener hijos. Qué es peor, sufrir el desgano de no poder tener hijos aun queriéndolos tener, o no haber llegado a sentir el deseo genésico, no podemos saberlo; pero en ambos casos, no hay ventana, y la situación no parece buscada por las mujeres.

El impacto demográfico de las relaciones de abuso y de violencia sobre las poblaciones colonizadas, puede dar idea de lo que aquí se está refiriendo, en una escala, claro está, mucho mayor. El historiador Nicolás Sánchez Albornoz, lo denominó “desgano vital” para referirse a la desmoralización que afectó a la fecundidad de los pueblos amerindios sometidos a la conquista española⁴. Las palabras de un contemporáneo de la conquista, fray Pedro de Córdoba, al respecto, son suficientemente elocuentes: “*las mujeres, fatigadas de los trabajos, han huido el concebir y el parir, porque siendo preñadas o paridas no tuviesen trabajo sobre trabajo; es tanto que muchas, estando preñadas, han tomado cosas para mover y han movido las criaturas, y otras después de paridos, con sus manos han muerto sus propios hijos, para no dejar bajo de una tan dura servidumbre*”⁵. El descenso de la fecundidad en estos pueblos fue una de las causas de la catástrofe demográfica que llevó a morir a la casi totalidad de la población indígena americana, junto a otras causas como las epidemias y la esclavitud. Pero todas ellas son derivadas de la destrucción repentina y violenta de las culturas y civilizaciones, modos de vida, y medio ambiente del que dependían. Todavía hay quien duda en llamarlo genocidio, pero hay crímenes que pasan en silencio, porque la historia de los ganadores, jamás los reconocerá. Tratándose de no nacidos, la cosa se simplifica sin duda.

Actualmente una tendencia todavía minoritaria pero que podría afectar más en el futuro, es el desgano genésico asociado a la crisis ambiental. En 2019, se crea en Estados Unidos el movimiento Birth Strike, que unió a mujeres de distintos puntos del planeta en una huelga de partos con la finalidad de pedir el fin de las políticas que contribuyen al cambio climático. También allí surgió la plataforma Conceivable Future, que en su carta de presentación dice: “Para nosotras, a diferencia de para muchos de nuestros líderes, el concepto de ‘generaciones futuras’ es un asunto práctico: es imposible que seamos madres sin considerar a qué tipo de mundo se enfrentarán nuestros hijos”⁶.

Para finalizar, es importante señalar cómo todo el peso de las presiones y de las exigencias sociales recae en las mujeres, agravando su sufrimiento físico y mental. No solamente han sido estafadas por un sistema que les hizo albergar la esperanza de poder compaginar trabajo

⁴ SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás: *La población de América Latina, desde los tiempos precolombinos al 2025*. Madrid, Alianza Universidad, 1994.

⁵ QUINTANA, MANUEL JOSÉ: *Vidas de españoles célebres. Tomo III*, p.433, Madrid, Imprenta Calleja, 1842. Ver en (https://books.google.es/books/about/Vidas_de_espa%C3%B1oles_celebres.)

⁶<https://elpais.com/mamas-papas/2020-12-27/puede-la-preocupacion-por-el-cambio-climatico-ahondar-en-la-crisis-de-natalidad.html>

productivo y reproducción, no solamente han sido abandonadas por la mayoría de los hombres de su generación y por los que han considerado el problema como “problema de mujeres” o “problema secundario”, sino que cuando no tienen que sufrir la doble jornada de trabajo y crianza por ser madres, también sufren el estigma de la infecundidad, que a menudo se lleva junto al de excedente laboral, desempleado. Se trata de una injusticia social flagrante que está pasando en silencio por la historia, de modo que, a estas mujeres, que tanto han luchado por realizarse como personas y trabajadoras, lo único que les espera por parte de su entorno social es la desatención a sus dificultades para ser madres, o la marginación por no haber llegado a serlo. Así castiga el sistema a la mujer que quiere formarse profesionalmente, ¡así de cara estamos pagando nuestra emancipación educativa y laboral! Esto significa, que en el mundo que se cree libre porque tenemos derecho al voto, todavía no podemos elegir cuándo y cómo ser madres, cuántos hijos queremos tener...ni siquiera podemos elegir tener hijos o no tenerlos. Alzar la voz y exigir nosotras lo que nos corresponde, es la única manera de que no nos consuman en vida las sanguijuelas del patriarcado. ¡Que lo sepa todo el mundo, que para las mujeres que quieren emanciparse, la ventana de maternidad está desapareciendo, y no fuimos nosotras las que hicimos la casa!

Átropos

